



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Lic. Emilio Rodríguez Demorizi, Fray Cipriano de Utrera y Dr. Vetilio Alfau Durán

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

Año XXIII

Ciudad Trujillo, República Dominicana

Octubre-Diciembre de 1955 Núm. 105

Homenaje de la Academia al Generalísimo Trujillo

Con motivo del 25º aniversario de la Era de Trujillo, la Academia Dominicana de la Historia le dedicó al Generalísimo Trujillo cuatro volúmenes de historia nacional, cuyos títulos son los siguientes: *Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822; La Era de Francia en Santo Domingo; Relaciones Dominicoespañolas y Antecedentes de la Anexión a España.*

El licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, Presidente de la Academia, a cuyo cargo es-

tuvo la preparación de las citadas obras, hizo personal entrega de ellas al Generalísimo Trujillo en su despacho del Palacio Nacional. También hizo entrega de otra colección al Honorable Señor Presidente de la República, General Héctor B. Trujillo Molina.

La Academia de la Historia, pues, ha correspondido a la protección que ha recibido siempre de su fundador, el Generalísimo Rafael L. Trujillo Molina, Benefactor y Padre de la Patria Nueva.



Francoise Dambroise y el Barrio de los Guamachos

Por el Dr. ALCIDES GARCIA LLUBERES

A ENRIQUE PATIN VELOZ

Nunca ha dejado de atraernos y seducirnos la amistad de los ancianos, como a éstos jamás les ha desabrido la nuestra, ya que hallan en nosotros el aliciente de que les hacemos volver a vivir sus mejores tiempos. Ellos a su vez nos regalan en amenas y moralizadoras tradiciones; nos encaminan a fin de que podamos acertar con las pruebas documentales auténticas, las únicas que hacen fe en el riguroso campo de la Historia.

¡Cuántos relatos interesantes acerca de nuestros

tiempos idos les debemos a esos memoriosos y amables amigos a quienes conocimos provectoros y que pasaron ya a mejor vida! Hoy trasladamos una curiosa noticia que nos transmitió nada menos que Manuel Pina y Benítez, quizás el más autorizado de todos aquellos nuestros heterogéneos informadores: por su instrucción, gran conocimiento de nuestros hombres y cosas, y probada honradez. Estuvimos junto a él hasta que a la avanzada edad de noventa y tres años "rindió su cuerpo a la mortalidad", como dijo el clásico autor de la *Historia General Profética*; si bien para



sus días postrimeros nuestro papel a su lado era ya muy diferente: sustituíamos en tal ocasión, para honra nuestra, a sus antiguos médicos de cabecera. ¡Cuánto lamentamos entonces que don Manuel bajara a la tumba abatido por la más completa e intensa de las demencias seniles!

Un buen día nos manifestó Pina y Benítez, en tono de crítica incisiva, que era su modo más habitual de expresarse: "Cuando Fernando Arturo de Meriño le entregó en 1882 el Poder Ejecutivo a Ulises Heu-reaux, después que éste había fusilado a la puerta de nuestro viejo Cementerio de la Sabana hasta a un pariente del primero (palabras textuales de don Manuel) (1), y a poco en el Cementerio de Higüey al mayagüezano Luis Pecunia, casado con una hermana de padre de Heu-reaux, con Beatriz de Peña, en la cual tuvo Pecunia cuatro hijos: dos varones, Luis y Arturo (aguerrido militar que vive aún en Sosúa, agregamos nosotros), y dos hembras, Isabel y María Dolores, doña Josefa Brea, viuda de Ramón Mella, el férvido duartista Héroe del Trabucazo, nos expresó alarmada y llena de pesimismo: *Cómo está nuestro país, Manuel; Presidente de la República el muchacho que le bañaba el perro en Puerto Plata a Fransuá Dambrouá!*" Al llegar a casa asentamos la especie en los *Cuadernos de Apuntes del Historiador García*. Al cabo de algún tiempo se nos acercó nuestro acucioso hermano Leonidas y nos comunicó regocijado que en *El Eco del Pueblo*, de esta ciudad, a partir del No. 8, de 16 de septiembre de 1856, se hallaba el expresivo *Aviso* que transcribimos, y publicamos a continuación: "De venta una casa situada en *Los Guamachos* de 10 varas de largo sobre 9 de ancho y cobijada de tablitas. Se halla situada en esquina y tiene cocina y galería etc. El que desee comprarla se entenderá con Francois Dambrouse. Puerto Plata, septiembre 1o. de 1856". Y con la alegría del Triptólemo que vé nacer en la almáciga un talluelo más, exclamamos altamente complacidos: *Confirmada en todas sus partes la contundente noticia que nos trasmitió, porque quería hacerla llegar a conocimiento de sus compatriotas, con fines de moraleja y por nuestro humilde conducto, el bien informado y honorable Manuel Pina y Benítez* (2).

(1) Respecto del Presidente Meriño dijo en aquellos días, en carta desde Curazao, y con *maligna complacencia*, Manuel María Gautier: "De política hay poca cosa. El Padre Meriño lo reputan en nuestro país como una chichigua encampanada por Luperón y Liliís que cada cual bracea a su antojo. ¡José María le dirá muchas otras cosas!".

(2) Después de escrito este trabajo, leímos en *Liliís, El Sanguinario Machetero Dominicano etc.*, por Juan Vicente Flores, que éste anota en su libro la circunstancia de "haber sido Ulises Heu-reaux empleado de un establecimiento comercial que Francois Dambrouse tuvo en Puerto Plata".

Ahora, trataremos de resolver otro problema. ¿De qué origen es la palabra *Guamachos* y por cuál motivo se bautizaría con ella el mencionado barrio de nuestra vieja, colombina e ilustre ciudad norteña? Para lograr su solución requerimos el dictamen de los ancianos y de los tradicionalistas de tan culta población, y he aquí dos de los atentos y conjeturales testimonios con que la buena voluntad respondió al imperioso deseo que nos ha vencido en todo momento de llevar la luz al más mínimo pormenor de nuestro siempre interesante tiempo pasado.

En 23 de julio de 1954 recibimos esta cortés misiva, que contiene la aguda y atrayente versión de una inteligentísima nana: "Dr. Alcides García, Ciudad.— Estimado amigo: Anoche me dijo mi madre, Beatriz Juana Stammers Alik de Lockward, de 77 años de edad, nativa de Puerto Plata, hija de padres ingleses oriundos de Turquilán (Gran Turk), que el *Barrio de Los Guamachos* de la ciudad de Puerto Plata era lo que hoy se llama *Polo Sur* o sea la parte cercana al muelle y sobre todo donde está hoy la principal propiedad urbana de la casa Grisolia y Compañía, pues según ella el nombre mismo de *Guamachos* parece una palabra haitiana, derivada de *Marche* o mercado, pues precisamente en donde está la antigua propiedad de Divanna y Grisolia era un mercado antiguo, el viejo mercado de Puerto Plata.

En espera de que le sea útil esa declaración, le saluda su amigo y servidor.— Atentamente, George Lockward S.". Leamos ahora lo que dice al respecto, en otra noticiosa epístola, de fecha 30 de julio del mismo año próximo pasado, el escritor puertoplateño ciento por ciento Felipe González López, ardoroso afiliado de la escuela literaria fundada en América por el inmortal peruano Ricardo Palma, y que cultivó con lucimiento en nuestro país el meritorio César Nicolás Penson. Dice el autor de *La Fortaleza San Felipe —Monumental e Histórica—*, de *El Castillo de Puerto Plata*, y de *Leyendas y Cuentos Puertoplateños*, obra inédita esta última (3), que conocemos, y por cuya publicación ofrecemos votos: "El *Barrio* denominado antaño de *Los Guamachos* —hoy prolongación de la *Avenida Colón*—, lo tengo mencionado en trabajos de mi libro en prensa *Tradiciones y Cuentos Puertoplateños*. Se encuadraba el *Barrio de Los Guamachos*: por el norte, con la playa de la Marina, surcada de canoas y con sus casetas de pescadores. Por el sur, con la ciénaga de los Dubocq; por el este,

(3) Después de escrito asimismo nuestro trabajo, se nos informa que este último libro de González López se halla ya editado, siendo repartido actualmente.



con la barriada de *Las Cañitas*, y por el oeste, con las aguas siempre turbias del *Batiman* y *La Boquita*.

.....

“En cuanto al origen del nombre *Los Guamachos*, nada me ofrecen sobre él las copiosas referencias que en mis trabajos he recogido. Una anciana señora de nombre Miringa, que fué mujer del chochilero Gil Felicien, residentes en aquella barriada, contándome curiosas historietas ocurridas en aquel barrio durante la Guerra Restauradora, al referirse al nombre de *Los Guamachos* opinó que podía este nombre atribuírse a personas o a familias, los cuales llegan a formar patronímicos en la sucesión del tiempo, tales como en el *Barrio de las Guineas* existen *Los Cucuses*; en el *Barrio de los Piñones*, por muchos años perduraron *Los Cinqueños*, y en el *Barrio de los Pocitos*, tierra bautizada de heroísmos con la sangre del valiente Benito Martínez, los Peluses”.

Muy bien hilvanados y harto plausibles los dichos pareceres que acabamos de trasladar; pero no nos satisficieron. De aquí que siguiéramos lucubrando, hasta que nos ocurrió esta feliz idea: la palabra *guamacho* debe de ser indoamericana. Sin embargo, no hallamos el inquirido término en el catálogo de voces aborígenes dominicanas que incluye José Gabriel García en *Memorias para la Historia de Quisqueya*; ni en *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo*, por Emiliano Tejera; ni en el *vocabulario indo-antillano* con que completa el doctor Cayetano Coll y Toste su *Prehistoria de Puerto Rico*. Empero, en el *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*, por el doctor Lisandro Alvarado, sí pareció significativa y majestuosamente aquella ignota voz: lo primero, porque explica el uso popular que se ha hecho de ella en el norte de nuestro país, y lo segundo, porque la presenta con el sello de clásica en la lengua madre de la general o universal que se hablaba en nuestra isla para la época de su descubrimiento. La lengua matriz de que hablamos es la continental *aruaca*, que tuvo su origen en una extensa, costanera, poblada e importante región de la tierra firme venezolana. El vocablo *aruaca*, nombre también de la comarca, y del indígena que la habitaba, se considera como una corrupción de *araguacu*, término que apocopado se conserva todavía para denominar un floreciente Estado de la actual República de Venezuela: el de Aragua, en cuyos fértiles valles se yergue un rival por la edad del millenario dragonero de La Orotava, en Las Canarias; el famoso Samán del Güere, a cuya benéfica sombra encendió conmovido su fanal de sabiduría el gran sa-

bio alemán Alejandro de Humboldt, y donde también se detuvo, atisbador e intrépido, en el curso de su gran campaña revolucionaria, el Libertador Simón Bolívar, y endonde probablemente los acosados o aventureros abuelos de Guaicaipuro y de Paramaconi, esto es, los antecesores cobrizos del Héroe de Carabobo y del lírico autor de la *Silva a la Zona Tórrida*, resolvieron levantar de allí su real para plantarlo de nuevo en las vecinas y hermosas islas antillanas: en Quisqueya, Boriquén, Cuba, Jamaica, hasta hacer pié, después de salvar en sus veloces canoas el canal de Bahama, en el más retirado Archipiélago Lucayo: primer portal por donde penetraría en el Nuevo Mundo la italo-hispano-árabe Europa descubridora.

De Venezuela vinieron, pues, los primitivos habitantes no caribes de las Antillas: los *taínos* del Dr. Diego Alvarez Chanca y de Antonio Bachiller y Morales. Y la gran afinidad del susodicho idioma continental *aruaca* y de los insulares que ya hemos señalado, es uno de los argumentos de más peso que invocan sesudos historiadores, entre ellos Cayetano Coll y Toste, para sustentar la tesis contenida en el principio de este último párrafo. Así, en el mencionado *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*, por el Dr. Lisandro Alvarado, verbenean las voces quisqueyanas, desde la *a* hasta la *y* (porque los indoamericanos no articulaban la *z* o *zeta*), como lo comprobaremos con la siguiente muchedumbre de voces comunes a toda esa gran familia de lenguas a que nos hemos referido, y que hemos situado en las islas mayores del Mar Caribe, o Máximas Antillas, y en las tierras continentales que están bañadas por las mismas reverberantes y borrascosas aguas del Mediterráneo Americano: *acana* (uso popular: *ácana*), *ají*, *anamú*, *anón*, *areito*, *arigua*, *barbacoa*, *batata*, *batey*, *bejuco*, *Bijao*, *Bohío*, *bohío*, *bucare*, *burgao*, *cabina*, *cabuya*, *cacique*, *caguama*, *caimán*, *caimito*, *cana*, *caney*, *canoa*, *caoba*, *carey*, *caribe*, *carrao*, *casabe*, *catebía* o *catibía*, *cayo*, *cayuco*, *ceiba*, *cimarrón*, *coa*, *coco*, *cocuyo* o *cucuyo*, *colibrí*, *conuco*, *copey*, *coroso*, *chirimoyo-a*, *dividivi*, *fotuto* o *fututo*, *gofio*, *guabina*, *guaco*, *Guaco*, *guama*, *guamacho*, *guano*, *guanábana*, *guandul*, *guaragua*, *guáran*, *guatapaná-r*, *guasábara*, *guayaba*, *guayacán*, *guayuco*, *güira*, *hacano*, *hamaca*, *henequén*, *hicaco*, *hiccotea*, *huracán*, *iguana*, *itabo*, *Itabo*, *jagua*, *jaiba*, *jaujao*, *jején*, *jobo*, *mabí*, *maco*, *maguey*, *maíz*, *majagua*, *mamey*, *mamón*, *mana*, *manatí*, *mangle*, *maní*, *mara*, *maya*, *naguas*, *naiboa*, *nigua*, *nopal*, *papaya*, *parcha*, *patilla*, *paya*, *pian*, *piragua*, *yagua*, *yaguasa*, *yaque*, *yauuma*, *yaya*, *yuca* etc.

.....

Cuando ejercíamos mayormente el magisterio, y



que fué siempre en planteles de enseñanza secundaria, cada vez que se acercaban las grandes fechas históricas nacionales, se nos pedía que disertáramos acerca de ellas, y en varias de esas amables y honrosas ocasiones dijimos solemnemente y sentenciosamente: *las tres madres patrias de los íncolas de nuestro país, en las diversas épocas, son la sudamericana Venezuela, la europeo-occidentalísima España y la negro-africana Guinea*. Si bien echábamos menos los indispensables informes histórico-estadísticos que comprobaran exactamente la última afirmación. Para dar valor a ésta, nos apoyábamos lisa y llanamente en simples intuiciones, como las que aduciremos a continuación. La autora de nuestros días (la cual recibió muchas veces, acompañada de nosotros, la cariñosa visita de *Dolores Lluberes —Mamá Loló*, guinea que llegó a nuestro país como parte de los *cargamentos de ébano* traídos en tiempos de la España Boba, y quien perteneció al surense Antonio Lluberes y Vendrell, nuestro común ascendiente), no tenía frase que más le cuadrara, para irnos a la mano, si advertía que llevábamos al cabo alguna acción extravagante, o que tirábamos la montera, que la siguiente intencionalísima: *Se te subió la Guinea a la cabeza*. Nuestra madre era blanca pura; en tanto que nosotros tenemos una dieciseisava parte de africano, o quizás menos, ya que nuestros cuatro bisabuelos eran caucásicos, y de nuestras segundas abuelas, sólo una era mulata, o quarterona: *Manuela Rita García*.

Los pocos términos afros que hay en nuestra toponimia, de Guinea y países aledaños son. De la Guinea propia: Los *Minas* (San Lorenzo de *los Negros Minas*), en jurisdicción de esta ciudad. En el mismo término, *Mandinga* (4), cuyo tronco étnico es *malinké*. Cerca de Azua se halla *Biáfara*. De este vocablo dijimos en *Compostela de Azua* —del libro *Nuestras Cabeceras*—, trabajo publicado en el No. 11 de *Panfília*, correspondiente al 30 de septiembre de 1925: “Es interesante conocer lo mismo la procedencia de la palabra *Biáfara*, nombre de un afluente del río Tábara y de una sección de la común cabecera.

(4) El escritor dominicano Otilio Vigil Díaz, caucásico como el cubano Emilio Gallagas, gusta también de echar su cuarto a espadas en materia de literatura afroamericana. Vigil Díaz tiene un libro inédito de esta índole: *Carbones y Diamantes*. Trasladaremos parte de un coruscante *Carbón*, ya publicado: “De la Cruz de Mendoza a Mandinga adentro — el balsié brama y se queja. — brama y se queja dionisiacamente. — La enramá de May Facunda — es una paila del infierno, — donde hierve la alegría salvaje de la selva. — Baila, baila la negra Atanasia — con rosas de Castilla en sus pasas, — y de sus axilas ojivales, — de su grupa estiatopigica y calipigica, — y del salterio de su sexo — destilan húmedas y fétidas algalias, — y el *caramanché* hiperestesia — sus lúbricos atavismos de pantera. — De la Cruz de Mendoza a Mandinga adentro — el balsié brama y se queja, — brama y se queja dionisiacamente”.

En documentos antiguos que tenemos igualmente a la vista se hallan estos otros esclavos, además de la nombrada Juana Viaffara: Diego Biaffara, de Juana de Pineda; Antonio Biaffara, de Domingo Bullón; Juana Biaffara, de María de Vía, y otros más que llevan como apellido nueva variante del vocablo cuya etimología rastreamos. De que se sigue que el sustantivo propio Biáfara, con el cual denominamos la sección y el río susodichos, proviene del renombre que le señalamos como parónimo, y que éste no es sino la corrupción de la palabra *Biafra*, con que se conoce un estado de Guinea. Era costumbre de la época ponerle al esclavo como apellido el nombre del lugar de donde procedía. En los propios documentos a que nos hemos referido, al lado de los Viaffaras, hallamos otros esclavos cuyos apellidos son *Angola*, *Mandinga* etc.; cosa que confirma nuestra última observación. Luego: *Biáfara* es una apéntesis de *Biafra*, metaplasmo muy usado por el pueblo cuando se trata de vocablos que tienen en la sílaba final un diptongo de consonantes”. Aquellos nuevos siervos dominicanos, los de origen afro, tuvieron también, pues, abuelos angolanos. En nuestra *península trilingüe*, como llamamos nosotros a Samaná, hay asimismo una sección que se denomina significativamente *La Guinea*.

Cesáreo Congo (Cesarito el Congo o de la Guinea Inferior, o de la Baja Guinea), obligado a venir a nuestro país por los impenitentes negreros en tiempos de la España Boba, luchó con lucimiento como cabecilla de nuestra Guerra Restauradora, siendo uno de los que le pusieron la emboscada en *La Pomarrosa*, el 17 de agosto de 1864, al bizarro Coronel español Joaquín Suárez de Avengosa (a) *El Sordito* (5), quien murió a consecuencia de la herida que recibió, y fué velado en la casa de Gabriel José de Luna, residente a la sazón en la que ocupa hoy en la calle Arzobispo Nouel, esquina Duarte, el establecimiento comercial regentado por Joaquín Ravelo. Para acometer a los españoles, cuando nos hallábamos en guerra con ellos, nos escondíamos entre la *yerba de Guinea*, que en la fértil Africa oculta hasta los elefantes. Y el *plátano guineo* con su ambrosía, y los chirridos nasales de la ponedora y sabrosa *pintada* o *gallina de Guinea*, nos acuerdan constantemente su ubérrima, hermana y distante patria originaria.

A unos siete kilómetros de Jarabacoa, la atrayente villa del indio subsuelo, y de la población es-

(5) Don Rafael Alardo, veterano de las reservas españolas en la Era de la Anexión, nos contaba que al terminar un combate en Guanuma, el Coronel Suárez de Avengosa, quien era sordo como una tapia, preguntaba sonreído: “¿Y todavía están tirando?”



pañolísima, se halla en el camino que conduce a Santiago, a orillas del Yaque del Norte, y cabe su espumoso curso de *Los Hervaderos*, el paraje de *Boma*. A poca distancia de éste hay otro lugarejo denominado *Los Minas*, o *La Mina* (la explotación de algún sospechado valioso yacimiento, pudo llevar negros allí). Tejera, en sus *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo*, dice: “*Boma*. — lugar de la Vega. (Uso popular)”. Cayetano Coll y Toste, en el vocabulario indo-antillano de su *Prehistoria de Puerto Rico*, asienta: “*Boma*. — Río de Cuba, examinado por Colón en su primer viaje. Río de Santo Domingo, tributario del Camú”. Yerra Coll y Toste: el arroyo *Boma* vierte su linfa en *El Yaque*. El *Bomita* es arroyuelo que desagua en *Pontón*, afluente a su vez de *El Camú*. Coll y Toste y Tejera traen a *Boma*, pues, como vocablo indo-americano; pero Antonio Bachiller y Morales, en *Cuba Primitiva*, lo omite categóricamente. *Boma* es la capital del Congo Belga (en la Baja Guinea). Colón alude simplemente dos veces al riachuelo cubano que se denomina hoy *Boma*; pero sin nombrarlo: no emplea para nada la palabra a que nos referimos. “Lunes 3 de Diciembre: al pie del cabo había una boca de un buen río”. “Martes 4 de Diciembre. Hízose a la vela con poco viento, y salió de aquel puerto que nombró Puerto Santo (que es ahora *Baracoa*, agregamos nosotros), a las dos leguas vido un buen río de que ayer habló etc.”.

Boma y *Los Minas*, ¿cómo se arraigaron esos dos sustantivos africanos en una región en que *los morenos*, como decimos en nuestro país por eufemismo, casi brillan por su ausencia? El culto caballero jarabacoño Juan Jiménez Rosa, prolijo y amantísimo conocedor de su comarca, nos ha sugerido, aguda y bien fundamentada: “¿Esos dos vocablos de la vieja y tórrida tierra llamada por los griegos de *los Aethiopes*, no los dejaría allí alguno de los muchos palenques en que se hacían fuertes los negros fugitivos o cimarrones que abandonaban las haciendas españolas en la época de la colonia”? ¡Suposición ingeniosa, que nos obliga a tributarle el más estimulador de los aplausos! (6).

(6) En nuestra toponimia hay otros términos importantes cuyo origen no se puede tampoco determinar bien; nos referíamos a los siguientes: *Camba*, *Cambita*, *Cumba* e *Isa*. En agosto próximo pasado un amigo muy culto que se disponía a veranear en la heredad que posee en una de las *Cambitas* cristobaleñas, nos dijo equivocadamente: “Los muchos descendientes de inmigrantes franceses, o haitianos, que hay en jurisdicción de San Cristóbal, explican perfectamente la formación allí del vocablo *Cambita*: al no poder pronunciar el derivado de *campo*, *campito*, chapurraban *Cambita*, y tal es la procedencia de este nombre”. Craso error. E. Tejera, en sus *Palabras Indígenas de la Isla de Santo Domingo*, incluye tres de ellos; pero como de uso popular. No nos explicamos por qué no citó igualmente a *Cambita*.

Palabras parónimas, y hasta homónimas, de esas cuatro

Como hemos dicho, todos esos hechos etnológicos intuídos por nosotros en lo arriba escrito, y que nos permitieron llegar a la lógica conclusión de que la negro-africana Guinea era la madre patria de nuestra gente de color, los teníamos firmemente como una contribución personal nuestra al respecto, como ideas por entero originales. ¡Y sin embargo, cuál no fué nuestra satisfacción cuando al adquirir el libro *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo*, por el brasileño Arturo Ramos, nos hallamos con que nuestra tesis había sido sustentada ya desde hace tiempo, tanto por los africanistas iberoamericanos como por los yanquis, hecho que confirmarán estas dos breves citas que tomamos de las páginas 57 y 58, y 71, respectivamente, del mencionado libro de Ramos, al tenor de las cuales hay muchas más en aquella importante obra. Hé-las aquí: “*La sub-érea de Guinea* es de una importancia tan considerable que algunos investigadores la estudian, separadamente del área del Congo. Frobenius hace de ella, como ya vimos, el *habitat* de su “cultura atlántica”. Esa región fué la que suministró el mayor número de esclavos al Nuevo Mundo”. “La zona del Africa Occidental, principalmente el área del golfo de Guinea, fué la que suministró el mayor contingente al comercio de esclavos, como puede deducirse de las culturas supervivientes (Hershovits). Se comprobó que pertenecen a estas culturas los pueblos de la Costa de los Esclavos (Nigeria y Dahomey) y de la Costa de Oro (fanti-ashanti). En menor proporción vienen las culturas del Congo y del Sudán mahometano (Senegal)”.

Veamos, por fin, la acepción que le atribuye a la palabra *guamacho* en su *Glosario de Voces Indígenas de Venezuela*, el Dr. Lisandro Alvarado: “Nombre dado a varios árboles del género *Pereskia*, familia de las Cactáceas, cuyo tronco está cubierto de manojillos de espinas en disposición quincuncial, hojas trasova-

voces nuestras, las hallamos tanto en lenguas indoamericanas como afás. *Cumba* es un río del Ecuador, y una población del Brasil, *Cumbana* es un territorio de Mozambique. y *cumbé*, una especie de baile de negros. *Cambá* significa *negro* en la Argentina, y es nombre geográfico tanto en este país como en el Brasil. Etc. *Issa* (con dos eses), es un río africano: el Nilo de los Negros o de Occidente.

Mas lo que sí no tiene vuelta de hoja, y se puede, por tanto, afirmar categóricamente, es esto: *Cambita* es un diminutivo del sustantivo propio con que se denomina un conocido paraje de la sección de Canasta: *Camba*, o Santa Lucía de *Camba*, lugares y términos todos propios del antiguo y cercano Partido de los Ingenios.

La musa popular azuana, que nos habla por boca de nuestra estimada y respetable amiga la inteligente, leída y memoriosa señora doña Mercedes Amiama Gómez, al evocar la época del malogrado Gobierno del egregio don Ulises Francisco Espaillat, y el célebre desastre de su ejército, mandado por el Gral. José Caminero, en Cribiti, no emplea este nombre como el del sitio de la lamentable rota, sino el del lugar vecino de *Cumba*, y así nos dice: “Entonces fué cuando ayayay — Caminero en *Cumba* se *juryó*”.



das u oblongo-elípticas, con 1 ó 2 espinas en la base del peciolo; flores solitarias o en cimas, ya blancas, ya amarillas, ya purpurinas; fruto, una baya globosa, agridulce, comestible. Hay varias especies: *P. Guamacho*, *P. Guyanensis* etc. Plántasele a menudo a lo largo de los vallados para formar setos vivos. En la medicina popular preconizan sus hojas. La forma *Guamache* (Carv. 367; Ruiz Blanco, cap. 1.5, Caul: 1-3) es desusada. Sinn. Supí, Supire, Suspiro, en Lara. Ref. Cod. 97".

Naturalmente, que todos los rasgos diferenciales de esta planta, determinados con lujo de pormenores de conformidad con los modernos trabajos de clasificación botánica del sabio naturalista francés Lorenzo de Jussieu, son obra de los venezolanos actuales. Para los indios, cuya lengua aglutinante no les impulsaba a analizar y especificar, ni a desinonimizar, el vocablo *guamacho* significaba probabilísimamente, *cacto*. El único Jardín Botánico de nuestros aborígenes era el conuco, con el rústico naboria que lo labraba, y como piezas de Museo Universitario sólo contaban con los profusos follajes, y los dibujos o buriladas rupestres de la Cueva de Jobobaba. Y nuestro estimado, observador, inteligentísimo y modesto amigo puertoplataño Luis Pecunia y Maatsch, solicitado profesor de inglés residente entre nosotros, y a quien debemos los más valiosos informes acerca de la historia y de las tradiciones de la vieja ciudad del Monte de Plata, de Riobó (7) y del Padre de las Casas, nos dice que la presencia de cactus bien pudo haber servido para determinar el aspecto y darle nombre a alguno de sus barrios, porque hasta hace poco había en la Sabana de la Fortaleza, en Turquilandito o Barrio

Nordeste, y en alguna parte más de nuestra privilegiada ciudad costeña, que posee el mar más cerúleo que nuestros humanos ojos hayan visto (8), lozanas manchas de aquellas hidrófilas y bien protegidas o espinosas plantas de las tierras de secano. Pero a pesar de que no necesitamos de más pruebas para sacar verdadera nuestra tesis respecto del origen del nombre de la barriada endonde plantó su tienda el gallo *Francois Dambroise*, y endonde fué legítimo propietario, y endonde tuvo hasta criados de la talla de Ulises Heureaux, no estaría demás que uno de esos puertoplataños inteligentes e ilustrados, que tienen aptitudes para todo, como José Agustín Puig y Rodríguez, por ejemplo, se encargara de precisar si en la virgen tierra en que laboraron útilmente escribiendo Emiliano Tejera y Rafael María Moscoso, y en particular en la preciosa porción de ésta que es la patria chica de Isabel de Torres (vecina empadronada allí a principios del siglo XVII) y de Julio Arzeno, hay o nó la doméstica, fructuosa y oficinal opunciea tan bien descrita por el erudito y gallardo lexicógrafo venezolano. Pocas excursiones de herborización, hechas a algunas determinadas zonas urbanas y suburbanas, bastarían para poner en su punto tan agujoneador tema. ¡Es indispensable que sepamos a ciencia cierta si aquel legendario barrio debía su nombre al de la rica pereskia mencionada, o si a la palabra *guamacho* en su acepción lata de *cacto*, y si esto último es lo cierto, agréguese para mayor satisfacción de la profunda ansia de saber de los dominicanos, cuál es la especie de cáctea que predomina en las pintorescas campiñas de variada vegetación de la siempre estudiada y culta Puerto Plata!

(7) El 7 de diciembre de 1514, en La Concepción de la Vega, se hizo "el repartimiento de los caciques e indios e naborias de casa de la villa de Puerto Plata= A Francisco Botello, vecino e Regidor, se le encomendó el cacique *Riobó* e su nitayno Martinico con 65 personas de servicio que registró a Alvarico e a Beatriz, su mujer". (Colección de Documentos Inéditos Relativos al Descubrimiento etc., del Real Archivo de Indias, publicada debajo de la dirección de Joaquín F. Pacheco y de Francisco de Cárdenas). Riobó: hé aquí al cacique epónimo, ya vencido, de la heroica Puerto Plata. Lo dice la etimología de su nombre, ya que no lo proclaman las crónicas de la guerra de la Conquista. En la *Prehistoria de Puerto Rico*, por Cayetano Coll y Toste, hallamos los siguientes radicales indoantillanos: *ri*, valeroso, o montaña, y *bo*, señor: *señor valeroso de la montaña*. Y con seguridad que la residencia y mando de nuestro cacique se asentaban junto a Isabel de Torres, la estratégica y galana estriba-

ción de la Cordillera Septentrional, en la provincia de Bohío (no de Cubao), en el cacicazgo cibaeno de Maguá. Sin embargo: no debemos mirar con menosprecio a *Riobó*; Vercingétorix hizo también entrega de sus armas a su más civilizado vencedor Julio César.

(8) El litoral margoso de Puerto Plata se formó en la edad pleistocénica. Su ensenada —efecto de la subsidencia que anegó la desembocadura del valle del río San Marcos— es contemporánea de la Bahía de Samaná y del Lago de Enriquillo. Se explica la obra de los pólipos coralíferos en esta costa: mar cálido, no muy grande profundidad y agua limpia y agitada: el cayo nombrado Piedra de la Pasa o del Diamante es un arrecife de coral muerto; la línea de espumas que mira de la Punta Cafemba hacia la Puntilla es indicio de otro arrecife de coral, pero vivo. El mar ambiente de todas estas formaciones le debe su azul tan puro a la escasez de flora y fauna flotantes.

